

EL PRI EN LA DISPUTA PRESIDENCIAL

Ricardo Espinoza Toledo
Departamento de Sociología
UAM-Iztapalapa

De nuevo, ante todos los mexicanos, expreso, por el bien de nuestro querido México, mis muy sinceros votos por el éxito del próximo gobierno que presidirá el licenciado Vicente Fox.

Presidente Ernesto Zedillo, la noche del 2 de julio del año 2000.

La noche del 2 de julio, en punto de las ocho de la noche, se difundieron los primeros resultados de la elección presidencial, derivados de las *encuestas de salida*. El candidato presidencial del PRI, Francisco Labastida Ochoa, había sido derrotado en las urnas. Atrás quedaba la guerra de encuestas, la campaña electoral y las auto-declaraciones de triunfo. A esas horas, los distintos candidatos presidenciales, sus respectivos partidos, la presidencia de la República y el IFE sabían lo que había pasado: los ciudadanos se decidieron por la alternancia en la presidencia de la República, poniendo fin a más de setenta años de los gobiernos surgidos de la herencia revolucionaria. Era la hora del cambio, entendida como la derrota del PRI en la presidencia de la República.

La marca de origen

La historia política moderna de México no se explica sin el PRI y sus antecesores, el Partido Nacional Revolucionario (PNR, 1929) y el Partido de la Revolución Mexicana (PRM, 1938). Las instituciones del sistema político y, en general, el Estado surgido de la Revolución, de diversos modos son hechura del PRI. Este partido contribuyó decisivamente a modelar una estructura de poder que se quería la única expresión legítima de la sociedad: la desmilitarización de la política, la organización de segmentos importantes de la sociedad, la industrialización y la larga estabilidad política no se entienden sin las funciones desempeñadas por ese partido. Tampoco se entendería el gran poder concentrado en el presidente de la República, el fuerte intervencionismo estatal, el monopolio del poder y del control político, la conversión del espacio público en asunto de un solo partido y la corrupción que acabó atravesando y desvirtuando la vida política.

El PRI es un partido cuya existencia se ha debido a una amplia alianza de sectores sociales; su legitimidad provenía no precisamente de la acción del partido sino de las acciones del Presidente de la República. En la práctica, este partido siempre se confundió con el Estado, adoptó la ideología de la Revolución, una ideología del Estado, integró en sus filas a los más disímiles intereses y grupos sociales, se concebía como el partido de la unidad nacional, adoptaba las propuestas de gobierno y las convertía en programa del partido, era el pilar social organizado del Estado autoritario, del Estado presidencialista y siempre actuó como el brazo organizado y el más firme sostén de la función presidencial. El presidencialismo autoritario logró su solidez gracias al desarrollo de un sistema de partido hegemónico, no competitivo por añadidura, del cual el PRI constituía la columna vertebral.

Paralelamente a la reforma política de 1977-1978, dentro del PRI se inició un conflicto entre los partidarios de la reforma de ese instituto político y los que no veían necesidad alguna de transformar al PRI. La propuesta de reforma del PRI fue retomada por la XIV Asamblea Nacional que tuvo lugar en 1990, bajo el sexenio de Carlos Salinas e impulsada decisivamente por el entonces presidente del Comité Ejecutivo Nacional, Luis Donald Colosio. Un tercer intento de democratización se dio bajo el gobierno de Ernesto Zedillo, que al igual que los anteriores quedó como un mero propósito, es decir, los promotores de la reforma, modernización o democratización del partido fueron sistemáticamente derrotados con el argumento de que por ser el partido más votado y que seguía ganando la elección presidencial, no había necesidad de operar transformación alguna. En una palabra, los núcleos dirigentes de los tres sectores, reacios a toda reforma, siempre salieron airosos.

El sistema de partido hegemónico fue definitivamente enterrado en 1996 con la reforma constitucional en materia electoral pactada por los partidos políticos y el gobierno. Pero su declive se observa desde las elecciones presidenciales de 1988, fuertemente cuestionadas por el Frente Democrático Nacional, encabezado por Cuauhtémoc Cárdenas y por el PAN; en 1989 comienzan las derrotas del PRI en el nivel de las gubernaturas; ¹ en 1997 el PRI es derrotado en el Distrito Federal y pierde la mayoría absoluta en la Cámara de Diputados, y ahora en los comicios del 2000 tampoco logra la mayoría absoluta en el Senado y pierde las elecciones presidenciales.

¹ La primera de las cuales es Baja California.

En efecto, el agotamiento del PRI se hizo evidente bajo el gobierno de Carlos Salinas de Gortari, no sólo por el triunfo cuestionado del candidato, sino también por el control prácticamente total que el presidente tenía sobre el PRI, para no hablar de los efectos negativos que sobre este partido tuvo el fracaso del proyecto modernizador.

Con Ernesto Zedillo se buscó imponerle límites al liderazgo presidencial: de la “sana distancia” en la relación entre el presidente y el PRI, se pasó a la rebelión de los “duros” en la XVII Asamblea. Esa rebelión fue presentada como una reacción contra la tecnocracia, pero en realidad se trataba de un dique contra la democratización y apertura del PRI,² lo que reavivó el enfrentamiento interno agudizado durante el proceso de selección del candidato presidencial y finalmente por el reconocimiento del triunfo de Vicente Fox hecho por Ernesto Zedillo.

Aunque la derrota presidencial del PRI no se explica únicamente por causas que podemos denominar inmediatas, es decir, las ligadas exclusivamente a la campaña electoral. En este trabajo nos centraremos en un aspecto sin dudas decisivo, que constituye nuestra hipótesis principal: la siempre prometida y nunca realizada reforma, refundación o democratización del PRI fue un elemento determinante en la derrota presidencial del Partido Revolucionario Institucional.

La contienda interna y su aparente superación

Las divisiones internas se profundizaron con la contienda para elegir al candidato presidencial. El *Acuerdo general para la postulación del candidato a la presidencia de la República para el período 2000-2006*, elaborado por el Consejo Político Nacional del PRI,³ estableció una modalidad de elecciones abiertas a todos los ciudadanos: los aspirantes a candidatos quedaron condicionados al respeto de los candados impuestos por la XVII Asamblea Nacional, y el partido dejó en manos de los ciudadanos reunidos en los distritos electorales la decisión acerca de quién sería el candidato presidencial del PRI; es decir, el que ganara en más distritos. El lugar se lo disputaron cuatro precandidatos: Manuel Bartlett, Francisco Labastida, Humberto Roque y Roberto Madrazo.

² Debe recordarse que tanto el presidente de la República como el entonces presidente del CEN del PRI, promovían la propuesta de quitar los *candados* y convocar a la XVII Asamblea Nacional.

³ Adoptado el 17 de mayo de 1999.

Este proceso, sin embargo, dejó dudas y nuevos conflictos. La historia del PRI no ha sido la de la transparencia y la autonomía. Los enfrentamientos entre sus precandidatos, particularmente entre Roberto Madrazo y Francisco Labastida, fueron más allá de una confrontación entre miembros de un mismo partido. De cualquier forma, para el PRI fue una prueba decisiva. Pero más allá de todo ello, la mayoría de los priistas no admitieron que la reforma democratizadora de su partido, asignatura pendiente, era impostergable.

Una campaña interna desgastante, plagada de acusaciones y descalificaciones muy fuertes entre precandidatos, y el riesgo latente de ruptura fueron la característica distintiva. De acuerdo con cifras del propio PRI, votaron 10 millones de ciudadanos; Labastida ganó 272 de los 300 distritos electorales en una complicada contienda que se realizó el 7 de noviembre de 1999.

La estructura sectorial del PRI, mayoritariamente asociada con las prácticas del viejo PRI, y a su vez manteniendo su vínculo institucional con el presidente de la República se desplegaron exitosamente para hacer de Francisco Labastida el candidato oficial del Revolucionario Institucional. Eso explica, en parte, el que Manuel Bartlett, Humberto Roque Villanueva, Roberto Madrazo, identificados como figuras distinguidas del viejo PRI, sufrieran una derrota ni siquiera imaginada por ellos: los autodenominados “políticos”, adversarios públicos de la “tecnocracia” gobernante, fueron incapaces de modificar el curso de acción que los dejó sin posibilidades políticas dentro del partido que ellos controlaron durante la XVII Asamblea Nacional.

La asociación del presidente Zedillo con el ala dominante del aparato priista se fortaleció en ocasión de la designación de Jose Antonio González Fernández como presidente del CEN del PRI ⁴ en sustitución de Mariano Palacios Alcocer. ⁵ Bloqueados los contendientes internos, González Fernández llegó con la tarea de conducir a buen puerto el proceso de selección del candidato presidencial, pero garantizando siempre la unidad del partido, bastante lastimada tanto por la conflictiva relación con el presidente Zedillo como por los saldos de una sucesión interna fuertemente cuestionada. Promotor de un proceso de selección sin intervención presidencial, ⁶ Zedillo se presentaba como un mandatario compro-

⁴ En abril de 1999.

⁵ Quién había quedado bloqueado por los grupos fuertes: no pudo convocar la XVII Asamblea, ni mucho menos quitar los “candados”, como era su propósito.

⁶ *El Financiero*, 27 de octubre de 1999.

metido con la democracia dentro y fuera del PRI: contrariamente a la tradición, declaraba no buscar imponer a su sucesor, al menos, no en la elección presidencial.

Ciertamente, Labastida ganó la inmensa mayoría de distritos,⁷ y por esa razón su triunfo fue aplastante.⁸ A pesar de ello y del despliegue de la llamada “maquinaria electoral”, Labastida obtuvo únicamente alrededor de cinco millones cuatrocientos mil votos, que representa aproximadamente el cincuenta y cuatro por ciento del total;⁹ los demás votos fueron en favor de sus adversarios.

La enorme tarea del PRI, del presidente de la República y del candidato era, entonces, recomponer a una organización bastante lastimada, aspecto que se reconocía clave para asegurar el triunfo del recién ungido candidato de cara a la elección presidencial por venir.

Con ese propósito se llevó a cabo una reunión en Los Pinos entre el presidente Zedillo, Francisco Labastida y Roberto Madrazo, el precandidato más beligerante, a fines de noviembre de 1999,¹⁰ en el que se llegó a un arreglo político, de acuerdo con el cual Madrazo recuperaría la gubernatura de Tabasco y se le darían candidaturas al Congreso a sus allegados a cambio de mantenerse en las filas del PRI y respaldar la candidatura de Labastida.¹¹ A los otros derrotados, Bartlett¹² y Roque, también se les integraría a la campaña además de convertirlos en candidatos al Senado.¹³ El tan temido riesgo de división del PRI quedó así superado y el triunfo en la elección presidencial parecía así asegurado.¹⁴

La asfixia del “nuevo” PRI

Registrado el 13 de enero del 2000 ante el IFE, Labastida quedó condicionado por quienes hicieron posible su triunfo en la disputa interna: los dirigentes de los sectores del PRI y el gobierno, pero también por los de-

⁷ Más del setenta por ciento.

⁸ Así se había establecido en el reglamento del acuerdo general para la postulación del candidato del PRI a la Presidencia de la República para el período 2000-2006.

⁹ *El Financiero*, 15 de noviembre de 1999.

¹⁰ *El Universal* y *El Financiero*, del 26 de noviembre de 1999.

¹¹ *La Jornada*, 14 de enero de 2000 y *Milenio*, 8 de mayo de 2000.

¹² La misma noche del 7 de noviembre, Bartlett declaró que no avalaba el triunfo de Labastida ya que existió inequidad en el proceso interno, *El Universal*, 8 de noviembre de 1999.

¹³ *El Economista*, 3 de mayo de 2000.

¹⁴ A lo largo de la campaña, Labastida reiteró su llamado a la unidad, ya que en la unidad de todos los sectores y organizaciones de su partido, decía, está el triunfo del PRI, *El Universal*, 30 de marzo de 2000

rrotados, como obligación derivada de la necesidad de mantener la unidad del PRI. A todos tuvo que integrarlos a la campaña y en candidaturas al Congreso, con el propósito de darle un nuevo impulso a la campaña presidencial, aunque ese nuevo impulso nunca llegó.

La elección primaria del PRI, abierta, además a todos los ciudadanos, le otorgó una victoria impresionante al denominado candidato del sistema, Francisco Labastida. Con sus diez millones de votantes,¹⁵ el PRI se creía imbatible. El triunfo contundente de Labastida en las elecciones internas fue leído por el candidato y seguidores como el anuncio de su seguro triunfo en las elecciones presidenciales; todo era cuestión de tiempo y de movilizar los recursos disponibles. La estructura tradicional del PRI se encargaría de ello, del mismo modo en que logró convertir a Labastida en candidato presidencial.

La campaña quiso enmarcarse bajo la idea de que el triunfo interno de Labastida era expresión de “un nuevo PRI”, un PRI, se decía, abierto a la participación de militantes y simpatizantes y en capacidad de seleccionar a sus candidatos. El gran ejemplo era el proceso que culminó el 7 de noviembre con la elección de Labastida.¹⁶ Pero más allá del reiterado discurso sobre “un nuevo PRI”, lo único nuevo fue una elección primaria en la que podían participar todos los que lo desearan; lo demás no tuvo efecto positivo alguno sobre la tan reiterada democratización del PRI.

Una de las primeras consecuencias del conflictivo proceso interno fue la sustitución del dirigente nacional del PRI, José Antonio González Fernández, por Dulce María Sauri,¹⁷ como un modo de ofrecer certezas a los inconformes y descontentos. A diferencia de cuando se nombró a González Fernández, esta vez no se presentaron otras propuestas aparte de la oficial.¹⁸ La nueva dirección formal inició sus actividades de inmediato, pues debían empezar a cumplir con los compromisos, lo que tenía que ver tanto con las nominaciones al Congreso como con la campaña.

El 7 de febrero de 2000, Sauri anunció nuevos nombramientos para fortalecer la campaña de Francisco Labastida.¹⁹ Se designó a Guillermo Ruiz de Teresa como Secretario General adjunto.²⁰ Mientras que Luis Colosio

¹⁵ Cf. *Excélsior*, 10 de noviembre de 1999, y *El Financiero*, 15 de noviembre de 1999.

¹⁶ Humberto Mayans declaró que la elección del candidato fue “un paso mayor en la democratización del partido”, *El Universal*, 8 de noviembre de 1999.

¹⁷ El 30 de noviembre de 1999.

¹⁸ De acuerdo con una nota de la revista *Milenio*, del 8 de mayo de 2000, la designación de Dulce María Sauri como presidenta del CEN del PRI, y la remoción de José Antonio González fue por decisión compartida de Zedillo y Labastida, al más viejo estilo del *dedazo*.

¹⁹ *La Crónica*, 8 de febrero de 2000.

²⁰ Primero se desempeñó como secretario particular de Labastida y después fue nombrado coordinador de giras.

Fernández ²¹ y Carlos Rojas Gutiérrez ²² fueron nombrados secretarios adjuntos a la presidencia; en calidad de colaboradores cercanos de la campaña de Labastida. ²³

Una campaña en declive o la necesidad de refuerzos

A sesenta días de los comicios para elegir presidente de la República y renovar las dos Cámaras del Congreso de la Unión, el PRI intentó reforzar la campaña presidencial que daba muestras preocupantes de pérdida de velocidad. El 2 mayo de 2000, Manuel Bartlett fue designado coordinador de las campañas priístas para todos los cargos de elección popular que habrían de disputarse en los diez estados gobernados por la oposición.

Es decir, le tocó coordinar las acciones de los candidatos del PRI en Aguascalientes, Baja California, Baja California Sur, Guanajuato, Jalisco, Nayarit, Nuevo León, Querétaro, Tlaxcala y Zacatecas; Humberto Roque Villanueva también fue integrado a la campaña del candidato Labastida. A esto, Labastida lo definió como el cumplimiento de su ofrecimiento de “una política muy incluyente”. Jesús Murillo Karam, exgobernador de Hidalgo y subsecretario de Gobierno de la Secretaría de Gobernación, pasó a ser secretario general adjunto del CEN del PRI; ²⁴ el otro refuerzo fue Manlio Fabio Beltrones, exgobernador de Sonora.

Con el arribo de “los nuevos” cuadros, se desplazó a los miembros del primer círculo del candidato, principalmente a Esteban Moctezuma, coordinador general de la campaña. ²⁵ Por otra parte, los altisonantes discursos democratizadores de precampaña fervientemente proferidos por Bartlett, Roque y Madrazo encontraron un buen acomodo en puestos y candidaturas.

Con la inclusión de los ex-precandidatos presidenciales, en particular, el propósito de dar paso a “un nuevo PRI” desaparecía en la práctica. El proceso electoral y las campañas entraban en su última etapa, al tiempo

²¹ Colaboró con el precandidato en la campaña interna.

²² Sucesivamente, secretario de Desarrollo Social, director de Pronasol, secretario de Gestión Social del PRI, y luego secretario general del PRI de septiembre de 1997 a marzo de 1999.

²³ *La Crónica*, 8 de febrero de 2000.

²⁴ *El Economista*, 3 de mayo de 2000.

²⁵ Contrariamente a la evidencia, tanto Esteban Moctezuma como Carlos Jiménez García se dedicaron a declarar que ese hecho no implicaba el desplazamiento de nadie, *El Economista*, 8 de mayo de 2000, y *Reforma*, 9 de mayo de 2000.

que la del candidato Francisco Labastida daba signos de estancamiento. Al recurrir a personalidades importantes dentro de su partido, aunque del perfil más tradicional, Labastida quiso también asegurar en su favor el voto duro que esos personajes podían garantizarle.

El punto de inflexión lo marcó el primer debate entre candidatos presidenciales, ²⁶ en el que el gran derrotado fue el candidato del PRI (el tema se trata más adelante). A partir de entonces, Francisco Labastida tomó en sus manos la dirección de la campaña: su primer paso, como lo hemos sugerido líneas arriba, fue tratar de evitar perder los diez millones de votos captados en el proceso interno, con un claro mensaje al partido de “cerrar filas”. En esas circunstancias, el triunfo del candidato, se colige, solo podía provenir del “viejo PRI”. Los intentos de democratización interna quedaron para mejor época.

El conflictivo proceso de selección de candidatos al Congreso

Lo cierto es que ni Moctezuma ni su equipo cercano de colaboradores fueron incluidos en las listas de candidatos plurinominales a la Cámara de Diputados. Más aún, se dijo que en lugar de Moctezuma fuera incluida Beatriz Paredes, perfilada desde entonces como futura dirigente de la bancada del PRI en la Cámara baja. ²⁷

En general, las listas al Senado y a la Cámara de Diputados dejaban ver que la “política muy incluyente” del candidato Labastida no era otra que el cumplimiento de los múltiples compromisos adquiridos. Nombres como los de Augusto Gómez Villanueva, Rafael Rodríguez Barrera, José Ramírez Gamero, Salvador Rocha Díaz, Fernando Gutiérrez Barrios, César Augusto Santiago, Fernando Ortiz Arana, Gustavo Carvajal, Federico Granja Ricalde, Beatriz Paredes e Hilda Anderson ²⁸ pertenecen a los de viejas figuras, y no significaba precisamente la renovación del PRI, sino la restauración del viejo PRI.

A pesar de la declaración de la dirigente nacional del CEN, en el sentido de que el PRI es el único que practica la democracia, ²⁹ los trabajos de selección de candidatos a diputados federales y senadores estuvieron atravesados

²⁶ Que tuvo lugar el 25 de abril de 2000.

²⁷ *El Financiero*, 8 de mayo y *Reforma*, 9 de mayo, ambos de 2000.

²⁸ *Milenio*, 8 de mayo de 2000 y *La Jornada*, 7 de julio de 2000.

²⁹ *El Universal*, 8 de febrero de 2000.

por fuertes conflictos y descalificaciones.³⁰ Barzonistas, agraristas y *críticos*, por sólo mencionar algunos, exigían su parte en el reparto de candidaturas. La relación de Labastida con los barzonistas acabó en una ruptura;³¹ los agraristas encabezados por Humberto Serrano, tomaron el edificio del CEN del PRI, sin lograr nada,³² en tanto los *críticos* calificaron el proceso de selección de candidatos como decisiones *cupulares*.³³ Por lo visto, la disputa no era entre el “viejo” y el “nuevo” PRI, sino simplemente entre los que se creían con derechos para ser nominados. La imposibilidad de “un nuevo PRI”, como paradójicamente pregonoó Labastida, en vez de fortalecer la campaña, como se anunció, se convirtió en una dificultad insuperable.

Una campaña electoral de bajo impacto

Con la nueva estrategia de tomar en sus manos la dirección de su campaña, Labastida intentó deslindarse de la gestión presidencial de Ernesto Zedillo, lo que hizo solo parcial y tímidamente; solicitó el apoyo decidido de los gobernadores priístas a su candidatura,³⁴ reforzó su costosa e intensa campaña en los medios de comunicación, rehizo alianzas con grupos marginados de la política nacional como el de Carlos Hank González, y dirigió sus críticas contra Vicente Fox,³⁵ todo con el único objetivo de conservar el poder. Una vez más, la democratización del PRI sucumbía ante el exclusivo propósito de ganar la presidencia de la República. Esta vez, sin embargo, la historia tendría una desembocadura diferente.

³⁰ El CPN aprobó el método de convención de delegados para seleccionar sus candidatos a senadores y diputados federales, *El Sol de México*, 13 de enero de 2000.

³¹ *La Crónica*, 10 y 16 de diciembre de 1999.

³² Marcos Bucio, vocero del CEN del PRI declaró que se trataba de un acto del viejo PRI, *La Crónica de Hoy*, 15 de marzo de 2000.

³³ Manuel Chavéz García representante de la corriente crítica del PRI, dijo que la democracia era una decisión “cupular”, “mera simulación” y se había impuesto el “dedo”, *El Universal*, 26 de marzo de 2000; en tanto, Agustín Basave criticó el método que usó el PRI para elegir a sus candidatos al Senado y lo calificó de “absoluta discrecionalidad”, *El Universal*, 26 de marzo de 2000.

³⁴ La reunión fue el 29 de abril, en la sede nacional del PRI, en la que participó también la dirigencia nacional de ese partido. En Chiapas, el gobernador Roberto Albores había apoyado la campaña interna de Labastida con recursos públicos, amenazó a diputados de su partido, encabezó actos prohibidos por su partido y ordenó inserciones pagadas en prensa en las que presentaba a Labastida como el ganador del debate entre los seis contendientes presidenciales, del 25 de abril, *Milenio*, 8 de mayo de 2000.

³⁵ A través de Manuel Bartlett, sobre todo, presentaba a Fox como un político inconsistente, representante de la derecha y al servicio de intereses extranjeros, *El Financiero*, 8 de mayo de 2000.

Labastida intentó presentar un perfil propio, sin éxito. Al candidato no le era permitido criticar al gobierno ni al “viejo” PRI, aunque al mismo tiempo decía no estar obligado a defender las políticas de Zedillo. Labastida podía deslindarse en algunos aspectos de la política económica de Ernesto Zedillo, pero cuidando siempre que esto no implicara una ruptura con aquel. Se deslindó de la herencia salinista cada vez que pudo.³⁶ Con respecto al Ernesto Zedillo aclaraba “que él jamás ha tenido la tentación de construir su triunfo a costa del presidente Zedillo”³⁷ y sistemáticamente se dedicó a hacer reconocimientos públicos a Zedillo y a su gobierno.³⁸

Labastida, el candidato de los medios

En los monitoreos de la Comisión de Radiodifusión del IFE, sobre el tratamiento de la información emitida acerca de las campañas electorales federales de los partidos políticos en los espacios noticiosos de radio y televisión en las entidades federativas de la República mexicana, el gran favorecido por los medios era el candidato presidencial del PRI.³⁹

De acuerdo con el informe del IFE, durante el tercer período el PRI concentró la mitad del tiempo total, aproximadamente 30 puntos porcentuales más que la Alianza por el cambio, su más cercano contendiente; Vicente Fox, el candidato de la Alianza por el Cambio, tuvo 22 por ciento y la Alianza por México, de Cuauhtémoc Cárdenas, solo recibió el 18 por ciento del tiempo. En los dos períodos previos, la disparidad había sido menor en la televisión, pero siempre beneficiando al candidato del PRI quien obtuvo un promedio de 32 por ciento del espacio en noticieros, la Alianza por el Cambio, 29 y 31 por ciento. Y la Alianza por México, 26 a 25 por ciento. Los porcentajes finales favorecieron al candidato del PRI.

³⁶ Ese deslinde apareció desde el proceso interno y se prolongó a lo largo de la campaña, La Jornada, 10 de abril de 2000 y EL Universal 15 de abril de 2000.

³⁷ La Jornada, 10 de abril de 2000.

³⁸ Lo calificaba como hombre de convicción democrática y republicana y como el artífice de la superación de las crisis gubernamentales, Reforma, 25 de enero de 2000 y El Financiero, 24 de enero de 2000.

³⁹ El primer período revisado fue del 19 de enero al 12 de febrero; el segundo, del 13 de febrero al 11 de marzo y el tercero, del 12 de marzo al 8 de abril de 2000. El objetivo: conocer de manera integral el tratamiento que recibían las campañas de los partidos políticos y sus candidatos en los 210 noticieros, 126 de radio y 84 de televisión. Se analizaron cuatro variables: tiempos de transmisión de cada partido político; ubicación de la información al interior de cada noticiero; recursos técnicos utilizados en la presentación de la información; valoración de la información presentada por parte del conductor o reportero. La empresa encargada de realizar el seguimiento fue Berumen y Asociados, que presentó el tercer reporte el 21 de abril de 2000. El informe completo apareció en <http://www.ife.org.mx>

Esto revelaba que a medida que avanzaba el proceso electoral se alteraban radicalmente los equilibrios informativos en favor de Francisco Labastida. El principio de equidad del proceso electoral que la última oleada de reformas al COFIPE quería asegurar quedaba seriamente contradicho. Los medios electrónicos adquirirían el sesgo de aparatos de propaganda en favor de un solo partido político.⁴⁰ Muy otro fue el resultado de los debates.

Labastida, el gran derrotado en los debates de los presidenciables

Los debates televisados entre candidatos presidenciales se han vuelto ya una práctica propia de las campañas políticas. Esta vez, además, los candidatos susceptibles de ganar la elección constitucional, se dieron a la tarea de recorrer todas las estaciones de radios de mayor penetración y, desde luego, las televisoras más comerciales, sin importar si el programa al que asistían era de carácter informativo o simplemente de entretenimiento; lo que importaba era llegar al gran público a como diera lugar. Con ellos, los distintos equipos contendientes y los medios de comunicación escritos y electrónicos se lanzaron a la realización de encuestas y sondeos de opinión con el propósito de medir el impacto que la presencia de los abanderados tiene sobre el electorado.

Esta vez, sin embargo, se desató una guerra de encuestas, caracterizada por el hecho de que cada grupo político contrataba en exclusiva a su encuestador y publicaba resultados casi siempre favorables a su candidato. Más que aclarar los cambios en el ánimo del electorado, en este proceso electoral las encuestas provocaron confusión.

De enero a junio, la inmensa mayoría de encuestas publicadas en medios nacionales le daban el triunfo al candidato del PRI, Francisco Labastida; de 32 de ellas publicadas entre el 3 de enero y el 23 de mayo, es decir, hasta después del primero de los debates (que tuvo lugar el 1o de abril), solo en una el candidato de la Alianza por el Cambio, Vicente Fox, estuvo a un punto porcentual de Labastida⁴¹ y solo en dos superó al candidato del PRI.⁴² Es hasta después del segundo debate (llevado a cabo el 26 de mayo), o sea entre el 27 de mayo y el 23 de junio cuando se observa un repunte del candidato Fox. Pero en las encuestas que le daban

⁴⁰ Cf. *Proceso*, No. 1226, 30 de abril de 2000, p. 33

⁴¹ 41 a 42, *Milenio*, 13 de febrero

⁴² 36 a 41, *GEA*, 17 de febrero y 39 a 43, *GEA*, 7 de abril, respectivamente, de acuerdo con "46 encuestas publicadas al 22 de junio de 2000", *La Jornada*, 23 de junio de 2000.

el triunfo, nunca tuvo una ventaja superior a los cinco puntos porcentuales con respecto al candidato del PRI, además de que eran muy pocas.

A pesar de todo, las encuestas mostraban que la brecha entre el candidato de la Alianza por el Cambio y el del PRI se cerraba, aunque en ningún caso se notó una ventaja clara y contundente del candidato Fox, pero tampoco de Labastida. En favor de Labastida o de Fox, en las encuestas la diferencia casi nunca fue superior a cinco puntos porcentuales.

Respecto al primero de los debates, en particular, el resultado más aceptado fue el de las encuestas telefónicas. De acuerdo con la encuesta telefónica nacional aplicada por el Grupo Reforma durante las dos horas posteriores al encuentro a mil diecinueve adultos, 42 por ciento de los mexicanos siguió este acontecimiento a través de la radio o la televisión. Para 44 por ciento de ellos, Vicente Fox fue el ganador y para el 14 por ciento fue el priísta Francisco Labastida; en tercer lugar apareció el candidato de Democracia Social, Gilberto Rincón Gallardo con 9 por ciento; luego vino Cuauhtémoc Cárdenas, de la Alianza por México, con 7 por ciento; Porfirio Muñoz Ledo, del PARM, con 4 por ciento y Manuel Camacho, de PCD, con 2 por ciento. Vale la pena hacer notar que el candidato de Democracia Social también obtuvo el segundo puesto en las calificaciones promedio, con 6.2, después de Vicente Fox (7.8) y antes de Francisco Labastida (6.1). Por otra parte, 53 por ciento dijo que el debate no influyó en su intención de voto; 30 por ciento afirmó que fortaleció sus preferencias y 8 por ciento aseguró que cambió su preferencia.⁴³

En el primer encuentro entre los seis precandidatos predominaron las descalificaciones y los ataques entre los dos candidatos con mayor presencia, Vicente Fox y Francisco Labastida, mientras Cárdenas se diluyó su en opacidad, Porfirio Muñoz Ledo y Manuel Camacho fueron prácticamente borrados y Rincón Gallardo se distinguió por su originalidad y sus propuestas. Labastida fue el gran derrotado. Su estrategia, fallida. Acorralado entre las acusaciones de corrupción y de gobernante ineficaz lanzadas por su más serio adversario, Vicente Fox, el candidato del PRI no ofreció una buena defensa de su gestión como gobernador de Sinaloa ni del desempeño de los gobiernos priístas a los que había servido; se le observó poco contundente, y quedó aislado frente a los ataques de sus adversarios: era, sin dudas, el candidato a vencer. Sus pocas propuestas pasaron desapercibidas para el gran público.⁴⁴

⁴³ *Reforma*, 26 de abril de 2000. La encuesta telefónica se aplicó a mayores de 18 años en 190 ciudades y 105 localidades de las 32 entidades federativas del país durante las dos horas posteriores del debate. Margen de error +/- 3 %.

⁴⁴ Véase este ejemplo de uno de sus comentarios tan fuera de lugar como desafortunado:

A pesar del destacado papel de Rincón Gallardo, el segundo debate se restringió a tres candidatos presidenciales: Vicente Fox, Francisco Labastida y Cuauhtémoc Cárdenas. Luego de un interesante debate sobre el debate y su fecha de realización, en el que por lo demás fue posible ver muy claramente la personalidad de cada uno de los candidatos, el debate tuvo lugar el 26 de mayo. Otra diferencia importante, con respecto al primero, es que hubo más propuestas y menos descalificaciones. Labastida habló de construir un país más justo y más igualitario, con estabilidad y paz social, se comprometió a defender los intereses de la mayoría e integrar un gobierno honesto y eficiente; planteó lo que él definió como «un cambio con rumbo», «hacia adelante, un cambio cierto, seguro, no un cambio hacia atrás, no un retroceso, no un cambio que signifique continuar con la mala distribución del ingreso, no un salto al vacío. Tampoco propongo un regreso a tiempos ya idos», remató.⁴⁵ Dijo también que una base de su proyecto de nación es la educación, “palanca más poderosa para atacar la desigualdad”. Propuso un amplio programa de educación que incluiría preescolar obligatoria e incorporar en la educación primaria la dotación de alimentos y laboratorios de idiomas de inglés y computación.

En general, Labastida insistió en consolidar los cambios de 70 años de gobierno del PRI y manifestó que las opciones para el electorado son tres, las dos primeras contra Fox y Cárdenas, respectivamente: “un salto al vacío, un retroceso en la historia de México de 40 o 50 años o un cambio seguro, un cambio con rumbo...” Sus propuestas hacía algún tiempo que ya no eran escuchadas. Más de setenta años de gobierno priísta habían agotado las fuentes de credibilidad y la legitimidad del PRI. Un muy fuerte anti-priísmo, generado y bien nutrido por las atroñas del PRI y sus gobiernos contribuyeron decisivamente a hacer de Labastida un candidato no competitivo.

«Me ha llamado la atención que hoy no me haya agredido Vicente Fox con los adjetivos que últimamente ha utilizado. En las últimas semanas me ha llamado ‘chaparro’, me ha llamado ‘mariquita’, me ha dicho ‘La-vestida’, me ha dicho ‘mandilón’», y remató: «No debe huir de sus palabras, sino hacerse responsable de ellas. Si se avergüenza de ellas, entonces que lo admita». Con la ventaja que se le ofreció, Fox respondió: «A mi tal vez se me quite lo majadero, pero a ustedes lo mañosos, lo malos para gobernar y lo corruptos, no se les va a quitar nunca».

⁴⁵ Fox propuso superar el rezagado liberalismo salinista por una economía de mercado “sin estatismo” y ofreció un gobierno de transición; Cárdenas se inclinó por recuperar las responsabilidades sociales del gobierno y planteó un cambio de régimen”. *La Jornada*, 27 de mayo, 2000.

Después de la derrota

La derrota del PRI en el 2000 dificulta con mucho su posible refundación, en virtud de haber perdido al elemento que le daba cohesión, dirección, programa y que operaba como canal interno para el diálogo y el arreglo entre los diversos grupos que lo integran, el Presidente de la República.

Fueron diversos fenómenos los que condujeron al PRI a la derrota, por ejemplo, más de setenta años en el poder, es decir, la no alternancia en la Presidencia de la República. La no competencia condujo a este partido a no estar preparado para adecuarse y adaptarse a nuevos modos de acción política. Igualmente, los límites que le imponía la estructura sectorial, que al representar solamente a algunas profesiones no constituía atractivo alguno para otros grupos sociales emergentes; la llamada territorialización del PRI acordada por la XIV Asamblea se rebeló completamente ineficaz para compensar el estancamiento que la estructura sectorial le imponía. El dominio presidencial se tradujo en otra forma de desactivación de la organización, tanto por el hecho de que los triunfos del partido eran en realidad triunfos del presidente, como por el hecho de que el control de las carreras políticas había quedado como atribución del presidente; eso facilitó con mucho que la administración pública se convirtiera en el medio de acceso a los cargos públicos y desplazara al partido de esta función esencial. Las crisis económicas recurrentes hasta llegar al conocido como error de diciembre de 1994 dejaron la percepción entre los ciudadanos de un deficiente desempeño gubernamental. Si a todo ello se agrega sus agudos conflictos internos y una deficiente estrategia de campaña durante el 2000, las posibilidades de derrota del PRI parecían altas.

Entre los meses de enero y junio del 2000, las encuestas revelaron la posibilidad de derrotar al PRI, pero también mostraban que era factible su permanencia en la Presidencia de la República. Aunque los resultados electorales federales desde los últimos años setenta mostraban una tendencia decreciente del PRI en el ánimo de los electores, no puede decirse que la derrota del 2000 era inevitable. Desde luego, a lo largo de los años ochenta el PRI fue perdiendo votos y cargos públicos que paralelamente eran ganados por los dos partidos de oposición más importantes, el PAN y lo que luego sería a ser el PRD.

Otros aspectos más se pueden sumar a la lista de factores adversos al PRI. Algunos de ellos son su incapacidad para diversificar sus bases electorales, así como para renovar y ampliar su coalición social de apoyo; su

incapacidad de adaptación a nuevos desafíos; ausencia de palancas internas para su renovación; la férrea disciplina política exigida; su rechazo a toda forma de competencia que lo convirtió en un partido carente de sensibilidad y de responsabilidad políticas, todo lo cual hizo que sus resortes internos acabaran por paralizarse.

La derrota del PRI puede verse desde la óptica de sus aportes: surge como una coalición política, pero no pudo diversificarse; pacificó al país y unificó a los grupos políticos pero no generó sus propios liderazgos; se pensó el depositario de las demandas sociales y de la ideología de la Revolución, pero no fue generador de programas; adoptó el liberalismo social, pero luego lo desechó y quedó ayuno de ideología; en el proceso, renunció a seleccionar a sus dirigentes y a sus candidatos a puestos de elección popular; espacio de negociación y de reparto del poder, se olvidó de la renovación de sus bases sociales y de su legitimidad.

El PRI, ciertamente, no está acabado; está por el momento, obligado a realizar sin demora un profundo proceso de reorganización interna. Por esa razón, el PRI ya no podrá ser lo que antes fue. Incluso se encuentra ante el tremendo riesgo de la fragmentación. Junto a la crisis de identidad en la que lo dejó el proceso electoral del 2000, acusa una tremenda fragilidad, debido a que perdió a la figura que constituía el punto de partida, el referente y el punto de llegada de los priístas como la era la institución presidencial. Es muy probable que el PRI se divida si no enfrenta responsablemente dicho desafío. Una opción puede ser que algunos gobernadores priístas formen su propio partido, pero es probable también que se descomponga en otras varias organizaciones, algunas de las cuales podrán asociarse a los partidos ya existentes, o bien dar paso a la formación de nuevos partidos. Para decirlo en pocas palabras, el PRI que conocimos hasta antes del 2 de julio del 2000 no parece tener futuro, si los priístas no debaten seriamente acerca de su futuro.

«Como ustedes saben, los medios de comunicación han informado que las tendencias de la elección presidencial no son favorables a nuestro partido ni a mi candidatura. Similar tendencia marcan las mediciones dadas a conocer hasta hace unos minutos por el Instituto Federal Electoral... La ciudadanía tomó una decisión que todos debemos respetar» Francisco Labastida, candidato del PRI a la presidencia de la República, la noche del 2 de julio de 2000 (*Examen*, año XI, n. 128, julio 2000).